

VIRGINIA CAGIGAL Y MARTA CASAS

# Edades de la vida



VIRGINIA CAGIGAL  
Y MARTA CASAS

# EDADES DE LA VIDA



*Imagen de portada:* Diseño editorial  
Autoras: © Virginia Cagigal y Marta Casas

*Primera edición:* septiembre 2024

Impreso en España. Printed in Spain  
Depósito legal: M-35653-2023  
ISBN: 978-84-19431-31-8

Maquetación: Juan Carlos Adame

Impresión y encuadernación:  
Editorial Didaskalos  
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

# Índice

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN .....	7
 PRIMERA PARTE <i>CLAVES PARA EDUCAR EN VIRTUDES</i>  	
CAPÍTULO 1: LOS ESTILOS EDUCATIVOS HAN EVOLUCIONADO...	17
CAPÍTULO 2: CLAVES PARA UNA EDUCACIÓN PLENA.....	27
CAPÍTULO 3: CAMINANDO JUNTOS COLABORACIÓN FAMILIA-ESCUELA EN CLAVE EVOLUTIVA.....	89
 SEGUNDA PARTE <i>UNA PROPUESTA EVOLUTIVA DE EDUCACIÓN EN VIRTUDES</i>  	
CAPÍTULO 4: UNA VIRTUD EN CADA EDAD.....	105

---

## Introducción

Vivimos en una época en la que la educación de las virtudes parece haber quedado relegada a un pequeño rincón, como si hablar de persona virtuosa fuera referirse a cuestión de santones o personas bonachonas, hechas a un patrón antiguo.

La RAE define virtud en su primera acepción como “Actividad o fuerza de las cosas para producir o causar sus efectos”, y si continuamos recogiendo las siguientes acepciones, propone “Actividad o fuerza de las cosas para producir o causar sus efectos”, “Eficacia de una cosa para conservar o restablecer la salud corporal”, “Fuerza, vigor o valor”, “Poder o potestad de

obrar”, “Integridad de ánimo y bondad de vida”, “Disposición de la persona para obrar de acuerdo con determinados proyectos ideales como el bien, la verdad, la justicia y la belleza” y por último, “Acción virtuosa o recto modo de proceder”. Si extraemos una síntesis de todas ellas, estamos hablando de la capacidad de la persona para tener fortaleza, ánimo y bondad para actuar conforme a valores profundos, que además se relacionan con la salud física y espiritual.

Hoy día, nuestros hijos y alumnos han de afrontar una realidad cada vez más compleja. Las relaciones antaño podríamos decir que de manera generalizada se encontraban vertebradas por valores muy compartidos por la mayoría de la sociedad occidental; era fácil que lo que el maestro decía en la escuela fuera refrendado inmediatamente por los padres, y lo más frecuente es que familia y colegio tuvieran una mirada muy similar sobre los objetivos educativos.

Distintos factores, entre ellos la pluralidad social, la globalización, los avances tecnológicos, especialmente la emergencia del poder de las redes sociales, están contribuyendo a una progresiva pero rápida diversificación de los criterios sobre la educación y sobre el desarrollo sano de los niños y adolescentes. Si antes pareciera que el pensamiento era casi unívoco-

co, en la actualidad a la hora de educar, padres y profesores se acercan al hecho educativo con propuestas culturalmente muy diferentes, bajo las que subyacen conceptos antropológicos incluso antagónicos. La evolución social lleva a los menores a afrontar situaciones novedosas, propuestas de riesgo, con acceso a una información que es difícil de elaborar por sus cerebros, todavía en formación.

Cada vez a edades más tempranas los niños se encuentran ante disyuntivas que requieren de ellos la toma de decisiones, a veces contrarias a las propuestas del grupo de amigos (actualmente en España la de edad de acceso a la pornografía es 8 años con un uso generalizado a los 14<sup>1</sup>, los 16 años para el inicio de consumo de alcohol y tabaco<sup>2</sup>, 14 años es la edad media para las relaciones sexuales con penetración<sup>3</sup>). Para que los menores puedan dar una respuesta en libertad buscando su bien, pudiendo dirigir

---

<sup>1</sup> Fuente: <https://www.epdata.es/datos/consumo-pornografia-jovenes-datos-graficos/385>.

<sup>2</sup> Fuente: [https://pnsd.sanidad.gob.es/en/profesionales/sistemasInformacion/sistemaInformacion/pdf/2019-20\\_Informe\\_EDADES.pdf](https://pnsd.sanidad.gob.es/en/profesionales/sistemasInformacion/sistemaInformacion/pdf/2019-20_Informe_EDADES.pdf).

<sup>3</sup> Fuente: [https://www.sanidad.gob.es/organizacion/sns/planCalidadSNS/pdf/equidad/HBSC2018\\_ConductaSexual.pdf](https://www.sanidad.gob.es/organizacion/sns/planCalidadSNS/pdf/equidad/HBSC2018_ConductaSexual.pdf).

con protagonismo su conducta, necesitan una solidez fundamentada en virtudes, apoyada en patrones de conducta consolidados y validados no sólo individualmente sino también por el grupo.

Por ello, será fundamental que los adultos les ayuden a entender su realidad; cuando cuentan con referentes seguros, paulatinamente van estableciendo un propio sistema de valores que ya hacia la adolescencia les permitirá comprender lo que viven y tomar sus decisiones de manera acorde con lo que mejor les conviene. Para ello, es necesario que se conformen en la persona ciertos esquemas cognitivos, que interconectan los conceptos y las experiencias, consolidando conexiones cerebrales, que van a facilitar el modo de pensar e interpretar la realidad. El ensayo y repetición de la conducta serán fundamentales para la adquisición de determinado esquema; pero no es solo algo meramente mecánico, sino que los esquemas quedan profundamente vinculados a lo emocional y afectivo, por lo que tanto una experiencia muy dura emocionalmente (una experiencia traumática) como las experiencias vivenciadas en contexto de amor quedan grabadas en el cerebro del niño.

Si los niños y adolescentes pronto han de afrontar decisiones de claro impacto sobre su vida y si para



ello necesitan haber afianzado esquemas de respuesta bien fundamentados en un sólido sistema de valores, construido desde el amor de los adultos de referencia, la educación de las virtudes se convierte en un eje central sobre el que vertebrar el día a día en el hogar y en la escuela. El efecto positivo de que familia y centro educativo converjan en sus propuestas educativas es muy potente: por una parte, la familia es el contexto en el que las virtudes van destilándose con naturalidad y cotidianidad en el ámbito de relación más amorosa en el que la persona puede crecer; y por otra, si la educación de las virtudes es propuesta desde el colegio, se produce un importante efecto lupa, de modo que el niño normaliza en el entorno del grupo de amigos las propuestas educativas de los adultos, normalizándolas, y puede vivir compartiendo modos de pensar, decidir y actuar con su grupo de referencia, que es tan importante para el desarrollo de su autoestima y su identidad, sin sentirse un extraño o sin miedo al rechazo. Por ello, el papel de la familia y la escuela en la educación no se solapa, sino que se complementa, cada uno aporta elementos singulares y fundamentales para el desarrollo pleno.

Es por esto que esta obra sobre la educación de y en virtudes se dirige tanto a profesores como a padres. A lo largo de cuatro breves capítulos, vamos a ir

desgranando las principales claves de educación. En la primera parte del libro, partiremos de un análisis de los estilos educativos y cómo han ido evolucionando en los últimos cincuenta años. Seguidamente iremos revisando las principales necesidades educativas de niños y adolescentes: amor incondicional, relaciones ordenadas jerárquicamente, adultos de referencia sólidos como personas, comunicación clara y directa, vivir en un entorno de buen trato y oportunidades para desarrollar sus capacidades desde las virtudes; vamos a intercalar pequeños ejemplos, viñetas ilustrativas todas ellas basadas en casos reales<sup>4</sup>, que permitan aterrizar lo expuesto y facilite su comprensión; y dedicaremos el capítulo 3 a analizar la relación familia-escuela para la educación de las virtudes en clave del progresivo desarrollo de las mismas. La segunda parte del libro presenta un recorrido evolutivo de la educación en virtudes, desde una propuesta de proceso temporal fundamentada en el desarrollo de los niños y adolescentes: *Encuentro, Obediencia, Gratitude, Responsabilidad, Piedad, Veracidad, Liberalidad, Convivialidad, Fortaleza, Concordia, Caridad, Castidad, Magnanimidad, Esperanza, Fidelidad y Justicia*. Para

---

<sup>4</sup> Siempre se han cambiado los datos personales, protegiendo la confidencialidad.

cada una de ellas, se proponen las principales claves de comprensión de la virtud en relación con el momento del desarrollo evolutivo de los niños y adolescentes; se ofrecen además algunas propuestas educativas, unas de ellas más dirigidas a la escuela y otras pensadas fundamentalmente para los padres.

Hacemos nuestra la afirmación de que “Educar es enseñar a vivir”<sup>5</sup>. Los niños llegan al mundo con desconocimiento de cómo es, de lo que les espera, de cómo transitarlo. Su plasticidad cerebral enseguida permitirá que se pongan en marcha infinitas conexiones, que irán forjando una comprensión de sí mismos, de las personas que les rodean y de la realidad que viven. Pero esto no se consolidará con estabilidad y equilibrio personal si no se produce contando con la guía de adultos de referencia, adultos cercanos, que les quieren, que se implican en su vida y les transmiten sus enseñanzas construidas a partir de sus reflexiones y de su propia experiencia. Por ello, es un derecho de los niños tener esas figuras adultas que les acompañan en esos descubrimientos de vida. Padres, abuelos, maestros, profesores, no pueden de-

---

<sup>5</sup> J.M. Cagigal, *¡Oh, deporte! Anatomía de un gigante* (Valladolid 1982).

jar de ejercer esta labor de acompañarle en su crecimiento, puesto que los niños necesitan vitalmente de estas presencias amorosas, disponibles y seguras, que les enseñarán a transitar por la vida. Así, educar es sobre todo enseñar al niño cómo estar en el mundo, cómo ser y relacionarse para vivir una vida estable en lo emocional y fructífera en lo relacional, capaz de aportar un algo para construir el Reino de Dios. Esperamos que estas páginas que el lector tiene entre sus manos puedan ser una pequeña contribución para ello.

*Virginia Cagigal y Marta Casas.*

PRIMERA PARTE  
CLAVES PARA EDUCAR  
EN VIRTUDES

## CAPÍTULO 1

---

# Los estilos educativos han evolucionado

Cuando observamos cómo ha ido evolucionando la educación en las últimas décadas, no se nos escapa el hecho de que se ha pasado de un estilo generalizadamente autoritario a una generalizada permisividad.

Así, cuando pensamos en la educación dada por los bisabuelos o incluso por los actuales abuelos, vienen a la cabeza referencias de normas estrictas, relaciones jerárquicas, *“con cariño pero sin contemplaciones”*. Hasta hace un tiempo, la educación se organiza-

ba en torno a normas claras y exigidas, que se hacían cumplir, y cuyo incumplimiento traía consecuencias, la mayoría de las veces en forma de castigos por no haber hecho las cosas como correspondía. Esos castigos se cumplían siempre, aunque fueran duros. Se expresaba así a los hijos que los padres tenían la potestad para trazar cómo debían ellos de comportarse, y no cabía saltarse esos criterios:

*“Cuando mi madre decía que había que comerse todo, había que comerse todo. Una vez no podía tomarme un potaje, me parecía demasiado salado, así que mi madre me lo guardó para la cena, y como en la cena tampoco me lo comí, me lo puso al día siguiente de desayuno. Ahí ya entendí que mejor me lo tomaba, porque si no, jiba a estar con ese puré una semana entera!”* (José, 54 años, padre de 3 hijos y maestro).

Esta forma de proponer a los hijos cómo ir desarrollándose en la vida tenía algunos aspectos positivos, tales como la claridad (el niño sabía lo que podía y lo que no podía hacer), la relación de respeto de hijos hacia los padres, marcada por la mayor posición jerárquica de éstos (y de cualquier adulto de referencia) o las expectativas elevadas de los padres sobre sus hijos:

*“Mi madre siempre estaba orgullosa y decía que yo llegaría más lejos que ella”* (Avelina, 59 años, profesora de secundaria y madre de tres hijos).

Pero al mismo tiempo, este modo de educar conllevaba ciertos riesgos: por una parte, en esa relación de respeto de los pequeños hacia los adultos, a veces resultaba difícil que los niños fueran tenidos en cuenta o fueran escuchados en su malestar o en sus dificultades; por otra, las normas a veces se empleaban con excesiva rigidez, descuidando la atención a situaciones excepcionales o necesidades específicas de los hijos. Además, en ocasiones, las expectativas sobre ellos eran excesivas, y se producía dolor cuando no se llegaba a lo esperado:

*“A mi padre le decepcionó mucho que yo no hiciera oposiciones; él siempre había pensado que la estabilidad en el trabajo era fundamental. Cuando dejé la carrera y me puse a trabajar en la fábrica, algo se rompió entre nosotros, ya no me hablaba con la misma alegría y complicidad, y lo que me duele es que eso ya nunca lo recuperamos”* (Alejandro, 51 años, profesor de Ciclos formativos de Grado medio).

Así, cuando los niños eran educados (o son, que aún hay familias que funcionan con este estilo



de educar) con autoritarismo, si todo encajaba e iba bien, solían desarrollar responsabilidad elevada, conciencia y sentido del deber y capacidad para acometer tareas que supusieran gran esfuerzo:

*“Mi padre nos decía lo orgulloso que estaba de que todos los hijos éramos personas responsables, y se alegraba de habernos podido dar oportunidad de estudiar, cosa que él no había tenido”* (Ernesto, 62 años, padre de dos hijos y abuelo de 1 nieto).

Pero si el niño tenía dificultades, éstas podían pasar desapercibidas, o podían no tenerse en cuenta, lo que abocaba a algunos menores a un gran malestar, con frecuencia silencioso, aunque a veces lograran expresarlo a través de la rebeldía o incluso a través de conductas de riesgo:

*“Cuando mi padre se casó por segunda vez, después de la muerte de mi madre, yo tenía 10 años. Me costó mucho aceptarlo, pero no podía decírselo a nadie. Pasé un año entero sin hablar, no hablaba nada... creo que se llama Mutismo selectivo. Pero nadie me preguntó qué me pasaba, y por supuesto a nadie se lo ocurrió llevarme al psicólogo o pedir algún tipo de ayuda”* (Esperanza, 58 años, madre de 4 hijos y abuela de 2 nietos).

Suele ser frecuente que la sociedad se mueva con movimientos pendulares, y en esta cuestión de los modos de educar, consideramos que ciertamente fue así. Con el advenimiento de los movimientos sociales de finales de los años 60 y los años 70 (en nuestro país, finales de los 70 y años 80 del siglo pasado), el autoritarismo fue dando paso a un modo de educar mucho más permisivo, que de alguna forma huía de todo lo que sonara a una educación autoritaria.

Así, donde antes había normas muy claras, que se hacían cumplir, con castigos si no se seguían, se fue pasando a un modo de educar sin normas, con la idea feliz de que los niños pueden autorregularse y van encontrando sus modos de actuación de forma natural y sin necesidad de la intervención de los adultos. Comenzaron a coger fuerza los movimientos educativos que daban valor a la libertad de los menores para encontrar su propio modo de desarrollarse, desapareciendo la autoridad de los padres o de cualquier otra figura adulta. Junto a ello, se fue dando más y más peso a la importancia de que los niños se supieran amados, queridos, de expresarles todo el cariño. Y se puso el acento en la relevancia de comunicarse con ellos, dándoles explicación siempre

a sus “porqués” (cuando se educa con estilo autoritario, el porqué obtiene una respuesta del tipo “*porque lo digo yo*”). También soplaron vientos que señalaban la conveniencia de no tener expectativas sobre ellos, para no condicionar su desarrollo o no generarles traumas si finalmente no eran capaces de alcanzar dichas expectativas.

*“No me gusta mandar a mis hijos, me parece que las normas son opresoras y que ellos sabrán elegir lo que les conviene. Si me piden algo, nunca les digo que no porque eso puede hacerles pensar que no les quiero. A veces me molesta que no entiendan mis explicaciones de lo que sería mejor para ellos”* (Pablo, 38 años, dos hijos de 7 y 3 años).

Esta evolución hacia lo permisivo se instaló con fuerza, de modo que podemos decir que hoy día muchos padres se encuentran inmersos en el torbellino de relación familiar que supone una familia en la que nadie ejerce la autoridad, lo que introduce a los hijos en la impotencia e inseguridad profunda de la falta de guía, y una relación familiar en la que los adultos se comunican con los hijos esperando que éstos les entiendan, condicionando sus actuaciones como padres a que los niños comprendan, cuando en reali-

dad, a ciertas edades, lo propio de ser niño o adolescente es no comprender:

*“No puedo con ellas, cada domingo me acuesto agotada. Sólo estoy deseando que llegue el lunes para que vuelvan al colegio y ahí les pongan orden, los profesores tienen mucha experiencia y saben ponerle orden, pero en casa es imposible. Yo creo que mis hijas saben que yo no voy a poder, y se aprovechan de ello, a veces me parece que lo hacen a posta”* (Patricia, 41 años, dos hijas de 9 y 3 años).

Esta permisividad es sufrida por los profesores en los colegios. Muchas veces tienen que hacer malabarismos para ayudar a niños provenientes de familias donde no hay la más mínima contención, familias en las que no se les ha enseñado que es imprescindible caer en la cuenta de que uno no está solo en el mundo ni que no todo gira alrededor de uno:

*“Recuerdo a Jesica el primer día de clase: se habían sentado los niños en el suelo, estábamos en la asamblea y ella era incapaz de estar quieta y esperar a que le tocara hablar, todo el tiempo interrumpía a todos. Cuando tuve la primera tutoría con sus padres, Paloma y Julián, que me parecieron muy colaboradores, me dijeron que siempre*

*ella tenía que salirse con la suya, y que si ella necesitaba decir algo, ellos paraban lo que estuvieran haciendo para escucharla. Estuvimos reflexionando lo importante que es para un niño saber cuándo es su momento de ser escuchado y cuándo aprender a esperar porque es el momento de otros. Ellos dijeron que no lo habían pensado antes, pero reconocieron que a veces su hija les invadía y se sentían molestos con ella” (Fani, 31 años, maestra de infantil).*

El estilo permisivo trae como consecuencia positiva que los niños ven sufrir menos su autoestima que cuando se les educa con estilo autoritario, puesto que no se les está señalando lo que no hacen bien; favorece además la espontaneidad, ya que pueden expresarse y comportarse como deseen y necesiten en cada momento. Sin embargo, tiene otras consecuencias negativas, entre las que destacamos la falta de aprendizaje de regulación emocional, de modo que con frecuencia el niño se desarrolla con impulsividad, dificultad de atención y dificultad para persistir en las tareas que requieran esfuerzo.

Por tanto, podemos concluir que ni el autoritarismo ni la permisividad van a favorecer un desarrollo armónico y pleno en los niños. Necesitarán lo que se denomina un *estilo educativo autorizativo*, caracterizado

por una *expresión de afecto plena*, con vínculos profundos, en donde el niño recibe la incondicionalidad del amor adulto, que le da seguridad (tal como expon-dremos en el próximo capítulo). Además, será funda-mental que los adultos de referencia sean verdaderos guías de cómo estar y no estar en el mundo, a través de *normas claras*, que se le enseñan, que tienen consecuen-cias positivas (refuerzos) cuando sí las cumplen para que se vayan afianzando, y consecuencias negativas (castigos proporcionales) si lo que se ha incumplido es importante. Frente al autoritarismo, hemos avanzado en caer en la cuenta de la relevancia de la *comunicación* con los hijos y alumnos, pero como veremos más ade-lante, hemos de ser conscientes de que el adulto tiene una perspectiva que el niño o el adolescente todavía no han alcanzado, por lo que siempre habrá una dife-rencia en la capacidad de comprender. Y las *expectati-vas* serán necesarias para que los niños y adolescentes perciban que sus figuras de referencia creen en ellos, y de este modo, ellos también vayan creyendo en sí mis-mos, lo que se convierte en motor de autoconfianza y desarrollo personal pleno.

Veamos a continuación en el siguiente capítulo un recorrido por las claves principales para educar en virtudes.

**Para recordar:**

- Educar con autoritarismo no ayuda a los niños a crecer saludablemente: sí promueve responsabilidad y sentido del esfuerzo, pero afecta negativamente a la autoestima y a la seguridad en uno mismo.
- Educar con permisividad tampoco ayuda a los niños a crecer saludablemente: sí promueve autoconfianza, espontaneidad y eleva la autoestima, pero hace muy difícil sentirse seguros en la vida y muy difícil aprender a manejar las emociones.
- Ayuda a los niños y adolescentes crecer con unos padres con estilo educativo autorizativo: querer al niño por el hecho de ser, expresándole el afecto con frecuencia, normas claras y que se cumplen, comunicación clara y expectativas elevadas pero no rígidas que les hacen sentir que creemos en ellos.

**E**sta obra trata de la educación, y en virtudes se dirige tanto a profesores como a padres. A lo largo de cuatro breves capítulos, vamos a ir desgranando las principales claves de educación. Partiremos de un análisis de los estilos educativos y cómo han ido evolucionando en los últimos cincuenta años. Seguidamente iremos revisando las principales necesidades educativas de niños y adolescentes: amor incondicional, relaciones ordenadas jerárquicamente, adultos de referencia sólidos como personas, comunicación clara y directa, vivir en un entorno de buen trato y oportunidades para desarrollar sus capacidades desde las virtudes; vamos a intercalar pequeños ejemplos, viñetas ilustrativas todas ellas basadas en casos reales, que permitan aterrizar lo expuesto y facilite su comprensión.

Los niños llegan al mundo con desconocimiento de cómo es, de lo que les espera, de cómo transitarlo. Su plasticidad cerebral enseguida permitirá que se pongan en marcha infinitas conexiones, que irán forjando una comprensión de sí mismos, de las personas que les rodean y de la realidad que viven. Por lo tanto, educar es sobre todo enseñar al niño cómo estar en el mundo, cómo ser y relacionarse para vivir una vida estable en lo emocional y fructífera en lo relacional, capaz de aportar un algo para construir el Reino de Dios.

